

103



Navidad

DICIEMBRE-1936



Marcela Burgos bajaba por la acera izquierda de la calle Bravo Murillo, en dirección a Cuatro Caminos, cuando se topó con una veintena de niños que venían en sentido contrario formando dos filas más o menos paralelas. Los niños, de entre cuatro y doce años de edad, todos varones menos un par de chicas, se protegían del frío con abriguitos modestos y gorras cuarteleras. Al hombro llevaban palos, escopetas de madera o pistolas de latón. Lo hacían con un aire teatral de marcialidad.

Marcela les cedió el paso y, pese a la congoja que traía, sonrió. Los niños estaban jugando a hacer la instrucción. Cual si fueran milicianos. Derecha, izquierda, media vuelta, ¡ar!

Recordó lo que le había contado su hijo Mijaíl: los chavalines del barrio habían terminado encontrando para los juegos callejeros esa fórmula del remedo de la instrucción militar puesto que no podían aplicar a la guerra en curso su tema habitual de indios y vaqueros. Ninguno quería hacer de fascista, todos pedían estar en el bando republicano.

Los críos estaban soportando el cerco de Madrid con mejor humor que los adultos, pensó Marcela. Por su condición de madre y su oficio de maestra, conocía bien su capacidad de adaptación al medio y su visión lúdica de la existencia. Habían convertido la guerra en unas largas vacaciones plenas de nuevas aventuras. Hasta los duelos aéreos en el cielo de la ciudad les parecían espectáculos divertidos. Aplaudían a rabiar viendo a los cazas Chatos y Moscas de los republicanos hacer acrobacias mientras ametrallaban a los Fiat de los facciosos.

Un tranvía amarillo bajó traqueteando y chispeando por el centro de la calzada. Sus laterales habían sido pintados con el lema «¡No pasarán!», pero el techo conservaba el anuncio de una tienda de sombreros de la calle Montera. El establecimiento estaría criando telarañas. Ya nadie llevaba sombrero

en Madrid. Ni tampoco corbata. Eran signos de derechismo y aburguesamiento.

Al llegar a la esquina de Bravo Murillo con la calle Ávila, Marcela miró hacia arriba. No llovía, pero un manto de nubes oscuras le daba al cielo un semblante tiránico y ceniciento. Cruzó la calzada y alcanzó la esquina del edificio de fachada de ladrillo del colegio Jaime Vera. El paisaje humano cambiaba en este tramo de la calle. Corrillos de milicianos anarquistas mataban el tiempo departiendo y fumando bajo las ramas desnudas de los plátanos de sombra.

Unos metros más abajo estaba el Cinema Europa, un inmueble nuevo y hermoso, de estilo racionalista, del que la CNT se había incautado el verano anterior para establecer su cuartel general en la zona norte de Madrid. Una enseña rojinegra colgaba de su fachada y una ametralladora antiaérea se erguía como un espartapájaros sobre su costado meridional.

Marcela sintió que los milicianos la escrutaban admirativamente conforme los iba sorteando en dirección a la entrada del Europa. Estaba a punto de alcanzarla cuando uno de ellos, con gorro de piel a la rusa y tercerola Mauser en bandolera, abandonó su corrillo, arrojó una colilla a los adoquines de la acera y se cruzó en su camino.

—Para la burra, guapetona. ¿Dónde vas?

—Vengo a presentar una denuncia.

—¿Una denuncia? ¿Y eso por qué?

—¿Y eso a ti que te importa, cabezón? —El tono de Marcela era tan áspero como el dril de los monos de los obreros que fabricaba la empresa Azules de Vergara.

El miliciano sonrió.

—No te mosquees, compañera. Lo pregunto por saber dónde tienes que ir. Si es para denunciar a un quintacolumnista lo mejor es que hables con Sandoval. Pero me parece que ahora mismo no está dentro. Últimamente anda más por la checa del barrio de Salamanca que por aquí.

—No se trata de ningún quintacolumnista. Vengo a denunciar el asesinato de una vecina. Estoy segura de que no tiene nada que ver con la política.

Los milicianos que se habían arremolinado alrededor pusieron cara de consternación. El del gorro de piel meditó un instante y terminó concluyendo:

—Si no es algo político, vas a tener que hablar con Ramón Toral. Es el delegado de Seguridad del Ateneo Libertario de Tetuán. Él se ocupa de estas cosas.

Incluso sentado, Ramón Toral parecía muy alto, algo más de un metro ochenta, calculó Marcela. Tenía una cabeza grande y esculpida con cincel como las de las estatuas. La mandíbula era prominente, la nariz destacaba por su rotundidad y la frente se desplegaba con holgura entre unas cejas pobladas y una recia cabellera peinada hacia atrás. Iba perfectamente rasurado.

—¿Puedes darme tu filiación, compañera? —soltó.

Marcela extrajo un carné ajado del bolsillo interior de su abrigo y se lo tendió a través de la mesa de escritorio.

—Marcela Burgos, de veintinueve años de edad. Afiliada al sindicato de Enseñanza de la CNT. Este es mi carné sindical. ¿Necesitas también mi cédula oficial? No la he quemado como tantos otros; puedo enseñártela si quieres.

Ramón Toral dio un vistazo al carné de la CNT y luego la miró a los ojos con talante ceñudo. Ella no apartó los suyos y se percató de que la palidez de la piel del delegado de Seguridad contrastaba con el carbón de sus cejas y cabellos.

—No hace falta —concluyó él—, con este documento es suficiente de momento. Así que eres maestra...

—Sí, en el Grupo Escolar Francisco Giner de los Ríos, en la Dehesa de la Villa. Y como también vivo en el barrio de Tetuán, creo que esta es la comisaría que me corresponde.

—Comisaría no es una palabra del todo exacta. —Marcela percibió un destello travieso en los ojos castaños del gigantón—. Pero sí, tienes razón. Has venido al lugar correcto. Me han dicho que quieres denunciar un asesinato...

—El de una vecina mía. Se llama Rosario Crespo. Ha sido en la calle Hierbabuena. Yo vivo allí con mi hijo.

—¿En la casa de la difunta?

—No, en la de al lado. Yo, en el número 16; ella, en el 18.

—¿Y cómo te has enterado del asesinato?

—Rosario y yo estábamos muy unidas. Ella no tenía hijos y cuidaba del mío cuando yo estaba ocupada con actividades sindicales. Esta mañana he ido a su casa para llevarle un poco de leche y me la he encontrado tirada en el suelo de la cocina, en medio de un charco de sangre. Solo llevaba puestas las enaguas.

Ramón la observó mientras se pellizcaba el lóbulo de la oreja derecha.

—¿Puedo preguntarte cómo entraste en la casa de Rosario?

—Su puerta siempre está abierta. Como la mía. Como casi todas las del barrio. Si tú eres de aquí deberías saberlo.

—Cierto. Nací en Lavapiés, pero vivo en Tetuán desde que volví de África y me parece que soy de los pocos vecinos que cierran su puerta con llave. Gajes de mi oficio, supongo. Dime, ¿ya ha ido alguien al lugar del crimen?

—¿Alguna autoridad? No. He salido de allí disparada y sin decir una palabra a nadie. He pensado que lo mejor era informaros primero a vosotros. El pueblo es la autoridad suprema desde que tantos de sus hijos perdieran la vida en la toma del Cuartel de la Montaña, ¿no? Me parece que para eso estamos haciendo una guerra y una revolución.

—Sí, eso me parece a mí también. Y vuelves a tener razón: este suceso es de nuestra incumbencia. Voy a salir un momento para buscar al chófer y nos vamos enseguida a la calle Hierbabuena. Tú espérame aquí. —Ramón se levantó de la silla y Marcela comprobó que había acertado en sus cálculos: era muy alto. Estaba alcanzando la puerta de la oficina cuando se giró hacia ella, que permanecía sentada, y le preguntó—: ¿No había nadie más en la casa? ¿Rosario vivía sola?

—Estaba casada con un albañil llamado Bernardo. Pero Bernardo está luchando en los frentes de Madrid desde julio. Con la columna de Cipriano Mera. A veces viene a casa con permiso, pero solo por una o dos noches.

El gigantón seguía contemplándola desde el umbral de la puerta. Era corpulento además de alto. Calzaba botas de cuero de caña larga, en las que llevaba metidos los bajos de un pantalón caqui de campaña. Su pelliza era de cuero negro, con una amplia solapa de piel de borrego. No llevaba sombrero ni gorra de ningún tipo. Tampoco exhibía distintivos militares, policiales, políticos o sindicales, lo que era raro en aquellos tiempos. En sus ojos había expectación.

—¿Y qué más? Cuéntamelo todo, Marcela.

—Sospecho que él la mató. Sospecho que fue Bernardo.

Liberto Sanz aparcó el camión Leyland frente al número 18 de la calle Hierbabuena, ocupando casi toda la anchura de aquella vía estrecha y todavía sin adoquinar. Abrió la puertezuela del conductor y descendió del vehículo con mucha cautela y unos cuantos quejidos. Era bajo, enjuto y de cabello pelirrojo. Cojeaba de la pierna izquierda desde que se rompió el menisco en una mala caída el 7 de noviembre anterior, cuando combatía en la Casa de Campo contra la Quinta Bandera de la Legión.

Para cuando Liberto se sintió bien asentado sobre el barrietal de la calle, su jefe, Ramón Toral, y la denunciante ya habían abandonado la cabina del camión y observaban en silencio la escena del crimen. Se trataba de una casita de una sola planta, con fachada de ladrillos pardos y puerta de madera pintada de verde. Un tipo de vivienda habitual en la zona de Cuatro Caminos y Tetuán, allí donde el norte de Madrid lindaba y hasta se confundía con el mundo rural.

Liberto cojeó con lentitud hasta la parte trasera del Leyland para desanudar la lona y facilitar la salida de los tres milicianos que había reclutado para la operación. Ramón le había dicho que, puesto que iban a levantar un cadáver, lo mejor era no ir solos y en el coche habitual, sino llevarse un camión y unos cuantos compañeros forzudos.

Un niño de unos seis o siete años, con la cabeza rapada para combatir las plagas de piojos, salió de la casita contigua a la del

crimen y se puso a examinar el camión con cara de pasmo. Quizá le asombraba que la frontal del Leyland pareciera casi humana, con su rejilla haciendo de dentadura y sus faros saltones semejantes a ojos desorbitados. Las partes metálicas del vehículo estaban pintadas de azul celeste y su caja de madera había sido cubierta por una lona pringosa, ilustrada en ambos laterales con las siglas CNT-FAI escritas a brochazos.

Uno de los milicianos recién descendidos le increpó rudamente: «¿Qué miras, chaval? ¿Es que nunca has visto un camión?». Esto alertó a la denunciante, que descubrió así la presencia del pequeño, se abalanzó sobre él, le besó con ternura, le musitó unas palabras al oído y consiguió que regresara sin regañadientes al interior del número 16.

La mirada de Liberto, suspicaz hasta entonces, se ablandó de un plumazo. Caramba, la denunciante era madre. ¿Quién lo hubiera dicho al verla tan guapa y tan bien plantada? Ni alta ni baja, con una melena lisa, oscura y bien cortada a la altura de los hombros, ojos grandes y boca carnosa en un rostro agraciado. Su cuerpo podía imaginarse prieto y curvilíneo bajo el abrigo, el traje estampado y las medias de lana negra.

Un bocinazo del delegado de Seguridad le sacó de su ensoñación.

—Liberto, tú y los compañeros me mantenéis la calle despejada. No quiero ver a nadie curioseando por aquí. Yo voy a inspeccionar el lugar. Cuando haya terminado, os aviso y entráis a retirar el cadáver. ¿Habéis traído una camilla?

—No, jefe. No quedaba ninguna en el Europa. Pero he conseguido requisar unas mantas viejas y un rollo de cuerda.

—Está bien, nos las apañaremos con eso. Vamos a seguir el procedimiento establecido por la Junta de Defensa. Transportaremos el cadáver a la morgue de la calle O'Donnell, para que allí lo fotografíen, le hagan la autopsia si lo creen necesario y lo identifiquen oficialmente. Pero nosotros nos encargaremos de la investigación. Este es nuestro territorio.

Se escuchó el estampido de un cañonazo, al que no tardaron en sumarse un segundo, un tercero y muchos más. La mujer y

los cinco hombres se quedaron callados e inmóviles, con toda la atención concentrada en la facultad de oír tal y como hacen los gatos. Así empezaron a identificar también las no demasiado lejanas descargas de la fusilería y el chasquido rítmico de las ametralladoras.

Liberto dijo al cabo:

—Vaya, ya han comenzado los fuegos artificiales en la Ciudad Universitaria. Podéis llamarme tonto del culo, pero os juro que creía que los facciosos nos darían hoy una tregua. ¿No dicen ser tan cristianos? ¡Es el día de Nochebuena, joder!